

Los reyes ó caudillos de los godos, que se habian levantado en son de guerra porque el gobierno imperial no les habia pagado la subvencion convenida, habian sido apaciguados por Procopio, que como pariente del emperador Constantino, con el cual habian celebrado el tratado de paz tan favorable para sus tribus, fué considerado por ellos como emperador legítimo conforme á su antigua costumbre de respetar los derechos hereditarios; porque el respeto al trono no tenia tanto peso entre los romanos como entre ellos; y como Procopio además les prometió irles pagando la subvencion estipulada, le dieron hasta un contingente auxiliar de 3,000 hombres.

Entre tanto los alamanos habian invadido de nuevo la Galia en el año 366, irritados todavía por el tratamiento rudo que habian recibido sus embajadores, envalentonados por la muerte del vencedor de Estrasburgo y mas que todo por la imperiosa necesidad de extenderse para vivir, bien que no habian vuelto todavía á su antigua fuerza despues de las considerables pérdidas que Juliano les habia causado. Para los rudos germanos criados en el helado clima de la Selva Negra no ofrecia ninguna dificultad una correría en invierno por las provincias de la Galia cuyo clima es tan benigno y cuando el hielo facilita el paso del Rhin. Divididos en diferentes falanges, derramóronse pues en enero del citado año por las desgraciadas comarcas limítrofes sin encontrar resistencia séria en ninguna parte, hasta que se les opuso aquel bandolero Charieto que entre tanto habia ascendido á gobernador de la Germania Alta y Baja situadas dentro del cordón militar defensivo del imperio. Charieto con sus tropas aguerridas, y su colega Severiano, anciano décrepito y gobernador tambien que tenia su cuartel en Cabello, hoy *Chalons sur Saone*, con las cohortes tungrias y devitenses, reunieron sus fuerzas, pasaron un pequeño río y atacaron con decision á los bárbaros con flechas y otros proyectiles ligeros apenas los vieron asomar á tiro. Los tiros fueron contestados, pero cuando se llegó á luchar cuerpo á cuerpo y relucieron las espadas, no pudo resistir la tropa las violentas embestidas de los bárbaros y cedió. En esto Severiano, atravesado de un proyectil, cayó de su caballo á cuya vista se desbandó su gente y todos echaron espantados á correr. En vano presento Charieto su pecho á los fugitivos para detenerlos, en vano los reprendió con invectivas y gritos; no le escucharon y en cambio queriendo luchar firme en su puesto cayó tambien atravesado de otro proyectil. Muertos los dos jefes, perdieron los hérulos y bátavos su estandarte: los alamanos lo lanzaron con inmenso júbilo una y otra vez al aire dando grandes saltos y alaridos por haber podido quitar este trofeo á las tropas mas valientes entre los auxiliares. Fué recuperado el estandarte, pero solo despues de grandes luchas.

En esta batalla vemos á otro jefe principal germano al servicio de Roma, mandando tropas compuestas de germanos. El imperio occidental se iba germanizando rápidamente.

Al recibirse en Paris tan infausta noticia dióse la órden á Dagalaifo de enmendar esta derrota. Este hombre iracundo, que murió despues de un arrebatado de ira, condenó á los bátavos á ser vendidos por esclavos como castigo de su conducta floja, pero perdonóles mediante su promesa de desquitarse y recuperar su antigua fama, lo cual efectivamente hicieron pronto. En lo demás, mostróse Dagalaifo muy indeciso pretextando que le era imposible atacar á todos los bárbaros desparramados por una gran superficie. Así continuó hasta que recibió junto con Graciano, hijo del emperador, el nombramiento de cónsul del año y marchó á Roma, reemplazándole en el mando de las tropas el general de ca-

ballería Jovino. Este hizo inmediatamente, con gran acierto y diligencia, los preparativos y tomó todas las precauciones que le parecieron necesarias; sorprendió cerca de Charpeigne del Mosela (*Scarpunna*) una banda de bárbaros que no tuvieron tiempo de empuñar las armas y quedaron completamente destrozados, porque á pesar de ser tan prácticos en las sorpresas, casi su único sistema de guerrear en un país cubierto de selvas, no habian aprendido todavía á precaverse de ellas cuando se hallaban en país enemigo. De allí condujo el general sus soldados, alegres y animados por esta victoria tan fácil, sin ninguna pérdida para ellos, á sorprender y derrotar otra hueste bárbara, que segun supo por sus exploradores acampaba junto al río, despues de haber saqueado las quintas y caseríos del contorno. Pudo aproximarse sin ser visto, adelantándose con cautela por un valle donde un espeso matorral privaba al enemigo de ver las fuerzas romanas, mientras éstas veían á los bárbaros, unos bañándose, otros tiñéndose, segun su costumbre, los cabellos de color rojizo, y otros bebiendo. Aprovechando un momento tan favorable, mandó tocar Jovino de repente el paso de ataque, y se precipitó con los suyos sobre los germanos, que solo les pudieron oponer sus alaridos y amenazas, furiosos pero impotentes, porque el enemigo no les dió tiempo de echar mano á sus armas, ni de formarse. La mayor parte quedó en el campo atravesados los cuerpos de las picas y espadas romanas; pocos escaparon escurriéndose por senderos tortuosos y angostos.

Quedaba solamente otra banda, á la cual Jovino aprovechando la disposicion favorable de briosa de sus soldados, alcanzó cerca de *Chalons sur Marne*, llamada ciudad de los catalaunos, porque entonces solian llamarse las poblaciones por el nombre del pueblo que las habitaba. Allí mandó el general en el punto mas favorable construir el campamento; dejó descansar sus soldados despues de un abundante rancho, y al día siguiente formólos en órden de batalla en la llanura, extendiendo su línea todo lo posible por ambos flancos para ocultar al enemigo su inferioridad numérica.

Al sonido de los clarines romanos que llamaban al ataque, y al ver las fulgentes enseñas militares del enemigo vacilaron los germanos un instante como sobrecogidos de espanto, pero pronto se pusieron sobre sí y pelearon como leones durante todo el día hasta el oscurecer. Habian sucumbido, si hácia la noche no hubiese cedido Balcobaudo, germano y tribuno de las «armaduras(1)», hombre tan fanfarrón como necio. El peligro era grande y la victoria, segura ya hacia un momento, se habria transformado en completo exterminio del ejército romano sin que un solo hombre se hubiese podido escapar, si las otras cohortes se hubiesen dejado arrastrar por el ejemplo de las de Balcobaudo; pero gracias á su larga práctica, disciplina, excelente posicion y buen armamento ofensivo y defensivo, se sostuvieron heroicamente sin ceder un paso, aunque ya sin poder arrojar á los alamanos de su posicion. No podian cantar victoria los romanos, pero por lo menos no habian perdido: la batalla quedó indecisa. El general los hizo retirar al campamento para restaurar sus fuerzas perdidas; y al amanecer los hizo formar en cuadro y marchar así contra el enemigo; mas este habia aprovechado la oscuridad de la noche para escaparse del exterminio seguro, porque habian perdido 6,000 muertos y 4,000 heridos contra 1,200 de los primeros y 200 de los segundos que tenian que llorar los romanos; cuyo valor y armas superiores habian hecho tan espantosa matanza entre los desnudos bárbaros. Jovino les siguió con premura, tanto mas cuanto en la llanura no habia que temer ninguna sorpresa, pero no

(1) Quizás el nombre de un cuerpo de tropas ligeras.

encontró á ningun enemigo y hubo de volver finalmente atrás pasando en todas partes sobre heridos y cadáveres, helados ya por el frío. Supo luego que un cuerpo de ascarios, tropas preferidas como los hérulos y bátavos, que habia enviado en otra direccion para saquear el campamento abandonado por el enemigo, habia hecho prisionero á un jefe ó rey de una de las bandas enemigas, con algunos pocos compañeros, y los habian ahorcado en el camino. El emperador piadoso Constantino habia mantenido las fieras del circo con reyes francos; Jovino no quiso permitir que un simple tribuno mandara ahorcar prisioneros sin consultar con sus superiores, y trató de castigar al que se habia excedido de tal manera; pero este presentó pruebas convincentes de que habia cometido el delito en el ardor del combate, por lo cual fué perdonado. Entre tanto un descendiente de los dioses germánicos habia muerto en la horca como un vil criminal, solo porque en noble guerra habia combatido contra los enemigos hereditarios de su raza. No es maravilla por tanto que la indignacion de los germanos cada vez mayor ante estas infracciones del derecho de guerra, se entregase á crueles represalias.

Con esta accion no quedaron expulsados los bárbaros de la Galia: el mismo Amiano confiesa que todavía en diferentes partes hubo no pocos encuentros, si bien en su opinion no merecen ser citados, porque sus resultados fueron de poca importancia y «no debe alargarse la historia con detalles insignificantes:» es decir, que fueron combates que no tuvieron por consecuencia expulsar de la Galia á los germanos.

Quando Jovino regresó del Mosela á Paris, le fué á recibir el emperador, alegre ya por haber recibido de Valente la cabeza de Procopio, y así nombró al eminente general cónsul para el año siguiente ó sea 368, con cuyo nombramiento van relacionados los combates que el imperio sostuvo en los años siguientes contra los godos en la frontera del Danubio.

Vencido Procopio, Valente, con el asentimiento de Valentiniano, á quien consultaba y obedecía en todos los asuntos, comisionó al general de caballería Victor para llevar á los godos sus quejas por el auxilio que en plena paz con Roma habian prestado al usurpador Procopio, y pedirles explicaciones. Los godos se justificaron presentando las cartas del rebelde, en las cuales les afirmaba que como pariente de la familia de Constantino habia tomado posesion del trono imperial á título de sucesor legítimo, y diciendo que si habian faltado era por una ignorancia muy perdonable.

Los sucesos posteriores mostraron que fué poco prudente no admitir estas excusas calificándolas de mal fundadas y hacer salir de su reposo á las formidables masas del grupo godo por medio de una guerra en son de castigo.

A principios de la primavera de 376 concentró Valente sus fuerzas y marchó al Danubio. Junto al fuerte Dafne (llamado de Constantino, porque habia varios llamados Dafne, por cuya razon este llevaba además el nombre de su fundador) en la Mesia Segunda, hizo acampar sus tropas y pasó luego el río por un puente de barcas construido al abrigo del fuerte y del campamento. En la otra orilla hizo muchas jornadas y contramarchas sin encontrar ningun enemigo, porque los godos, atemorizados del reluciente y ostentoso armamento de las legiones, se habian refugiado en las montañas escarpadas y solo accesibles á los prácticos del país. Así pasó todo el verano, y para no volver sin haber alcanzado algo, envió al general de infantería Arinteo con fuerzas divididas en columnas volantes, á devastar el país. En esta ocasion Arinteo se apoderó de algunas familias que erraban por el llano por no haber podido internarse en los montes. Hecho esto, Valente volvió con el ejército á sus cuarteles de invierno sin haber hecho ni sufrido daños de importancia.

El mismo resultado tuvo la campaña del año siguiente, en el cual el Danubio que habia salido de madre, le obligó á permanecer inactivo hasta el otoño, á pesar de su impaciencia, en un campamento atrincherado cerca de un villorrio habitado por carpos, pueblo que quizá dió el nombre á los Montes Carpacios. Cuando las inundaciones cesaron y el río volvió á su acostumbrado nivel, ya era tiempo de volver á los cuarteles de invierno en Marcianópolis.

No se desanimó el emperador, y perseverante en su idea, atravesó por tercera vez y en barcas unidas el río por la parte de Nivros en Bulgaria, y marchando siempre adelante, llegó finalmente al distante pueblo belicoso de los greutungos. Allí, despues de varios encuentros, se opuso á los romanos el caudillo á la sazón mas poderoso de los tervingos, Atanarico, con una hueste segun su opinion sobradamente fuerte; pero fué derrotado y huyó para no ser exterminado por completo. El emperador volvió despues de esto á Marcianópolis, donde pasó con sus tropas el invierno.

Los bárbaros de toda procedencia solian contar en todo tiempo con las múltiples atenciones que por regla general habian impedido siempre á los emperadores dedicar un ejército principal durante mas de una campaña á una empresa guerrera, porque apenas combatian en una parte cuando nuevos disturbios ó ataques reclamaban su presencia en otra; por manera que toda la dificultad estribaba para los germanos en abandonar el territorio y ocultarse en el interior durante un verano, para verse desembarazado de las tropas romanas por algun tiempo. Esta vez no habia sucedido así, porque Valente no se movia de allí hacia ya tres años, y el haber vuelto á ocupar los mismos cuarteles de invierno era prueba evidente de que estaba resuelto á hacer á la primavera la cuarta campaña contra los mismos pueblos. A esta perspectiva se agregaban la miseria y el hambre, porque habiéndose interrumpido con motivo de la guerra todo el tráfico en aquella region, no podian los bárbaros adquirir los víveres que necesitaban. Faltándoles además las anualidades ó subvenciones que el imperio les pagaba en cereales ó en dinero, no tenian mas recurso que el merodeo en los territorios productores de las provincias limítrofes romanas, con lo cual alcanzaban por una parte botín abundante en productos y cautivos que eran dinero, y por otra obligaban con sus devastaciones al gobierno romano á acallarlos con un nuevo tratado de paz y los consiguientes subsidios.

Viéndose entonces por todas estas causas reducidos á la extrema miseria, enviaron al emperador repetidas embajadas para solicitar la paz.

El emperador, poco práctico todavía en el gobierno, pero tampoco corrompido por la adulacion, pesó todas las consecuencias mirando las cosas bajo su verdadero aspecto y creyó prudente conceder la paz que solicitaban. Victor y Arinteo fueron los encargados de tratar, y habiendo los godos aceptado las condiciones del emperador, se discutió el sitio donde debia tener efecto la ratificacion del tratado, que ya vimos antes, en la historia de los godos, que fué una isla en medio del río como terreno neutral. Hecho esto, se volvió Valente con los rehenes godos á Constantinopla, donde vino á morir despues tambien Atanarico arrojado de su país por el pueblo, conforme ya se dijo en dicha historia.

En el año 367 Valentiniano nombró á su joven hijo Graciano, no solo «césar,» sino «augusto,» y el discurso que en esta ocasion pronunció, diciendo, entre otras cosas, al joven príncipe que se acostumbrara á pasar sin temor por encima del hielo de ambos rios fronterizos con su infantería, prueba que entonces la defensa de estas fronteras era considerada como la obra mas heroica y digna de un emperador.

No tardó despues en recibir Valentiniano en su marcha

desde Amiens á Tréveris, la noticia de un levantamiento general de bárbaros en las islas británicas, donde los romanos por esta razón se hallaban apuradísimo; el gobernador de los distritos marítimos había sido muerto, y el jefe superior de las tropas, Fulofaude, germano probablemente á juzgar por el nombre, había caído con sus tropas en una celada.

Estos bárbaros eran los pictos, que se dividían en dos ramas: los caledonios ó dicalidones, como los llama Amiano, que vivían mas al Norte, y los verturiones ó vecturiones que ocupaban la parte mas meridional ó los llanos septentrionales de la isla. Mas al Norte todavía vivían en las montañas los belicosos atacotos y los escotos que extendían sus correrías devastadoras hasta grandísimas distancias.

Mientras estos pueblos antiguos de raza celta eran una continua amenaza para las posesiones romanas por el lado del Norte, empezaban entonces ya á desembarcar en las costas meridionales desde la Galia y Bélgica, tribus germánicas, de francos y sajones, como vecinos inmediatos, asolando é incendiando todo y degollando ó llevándose cautivos á los habitantes y colonos romanos.

Contra unos y otros fué enviado el enérgico y perito general Teodosio, que se embarcó en Boulogne y pasó el estrecho de la Mancha, «donde tan pronto se levantan las mas formidables olas, como se presenta la superficie lisa que atraviesan entonces las naves sin peligro ninguno.» Desembarcó en Rutupia, quizás hoy Richborough ó tambien Dover, y en seguida desembarcaron cuerpos sucesivos de tropas escogidas como los regimientos de los jovios y victores y las huestes germánicas tan aguerridas de bátavos y hérulos, pueblos cuyos contingentes mercenarios combatían en las filas romanas desde larga fecha, los bátavos desde el siglo I de nuestra era, y los hérulos desde mediados del siglo IV que corría.

Con fuerzas tan excelentes divididas en muchas columnas marchó el general sobre Lóndres, la antigua Lundino (en celta *Longwinium*), llamada despues Augusta. En el tránsito se repartieron las diferentes columnas, limpiando aquellas comarcas de las bandas de bárbaros y quitándoles los prisioneros, ganados y demás botín que habían robado á los súbditos de Roma. Todo, salvo una pequeña fracción dada á los soldados, fué devuelto á sus propietarios, y bajo tan buenos auspicios entró Teodorico en la capital que le recibió en triunfo, porque cuando creía ya su ruina total inevitable, se vió de un golpe é inesperadamente libre. El general por su parte, tambien animado con tan buenos resultados, se dispuso á proceder con mas arrojo, sin olvidar ninguna precaucion, sabiendo por prisioneros y desertores que tenia que habérselas con un enemigo infinitamente mas numeroso que las fuerzas romanas, con huestes compuestas de los pueblos mas diferentes, animadas del furor guerrero mas salvaje y contra las cuales se habían de emplear además del valor la astucia y las celadas. A fin de aumentar sus escasas filas, publicó una amnistía para los desertores y los que estaban ausentes con licencia sin saberse su domicilio; cuya medida surtió buen efecto, porque la mayor parte se presentaron.¹

Tan numerosa desercion indica un gran relajamiento de la disciplina y explica el rigor sangriento con que trató Valentiniano de restablecerla, rigor que Amiano critica tanto, aunque censura mas todavía su excesiva benignidad para con los oficiales y jefes, que se excedían continuamente de sus atribuciones. Esta benignidad se comprenderá muy bien si se considera que entonces un general descontento se pronunciaba y se hacia aclamar emperador, con la mayor facilidad; pero de todos modos era indicio del estado de grandísima decadencia, y principio de la disolucion completa y no muy lejana del imperio.

En 368 hubo otra vez guerra con los alamanos, contra los cuales marchó Valentiniano con todas las precauciones imaginables, al saber que Rando, uno de sus reyes ó hijo de rey había penetrado con su hueste ávida de sangre y de botín en la plaza fuerte de Maguncia á la sazón desprovista de tropa y cuando nadie sospechaba semejante desgracia preparada por el alamano con diabólica astucia. Habia escogido este Rando la ocasion en que en la ciudad se celebraba una gran fiesta de los cristianos, probablemente la Pascua de Resurreccion, porque poco despues empezó, segun el autor, la estacion calurosa. Como, segun el mismo autor, acudia, á la fiesta gran multitud de forasteros, era el mejor momento para hacer mayor número de cautivos, hombres y mujeres de todas las clases de la sociedad y un considerable botín. El hallarse la ciudad sin guarnicion suficiente prueba que entónces se cuidaban poco los emperadores de la defensa de estas plazas ó que carecian de suficientes fuerzas para guarnecerlas convenientemente. La poblacion civil debía de ser tambien insignificante, cuando las personas que acudian del llano y pueblos comarcas podían aumentarla tan considerablemente como lo hace suponer el plan del jefe alamano que por lo demás, segun se ve, no pensaba ni de lejos en conquistar, sino solo en robar, destruir y vengarse, con una expedicion del género de las que Juliano había emprendido en su país.

Poco despues de este desgraciado acaecimiento, tuvo el imperio una fortuna inesperada, segun el mismo autor, es decir la muerte violenta á manos de un asesino de un rey alamano. Cuando un hombre tan recto como Amiano mira con tan poco escrúpulo el asesinato político, cosa por lo demás muy corriente entonces y empleada mas de una vez por el gobierno romano, no obstante la grande indignacion moral de Tiberio cuando le ofrecieron envenenar á Arminio, puede formarse una idea del modo de pensar en aquella época. La víctima fué Viticabo, el hijo de aquel solapado rey Vahomaro que fué internado en España y ascendido despues á gobernador de la Fenicia. El hijo había sido elegido por su pueblo sucesor de su padre, segun uso y costumbre entre ellos, aunque debía de ser muy jóven, porque cuando murió dice Amiano que apenas le apuntaba el bozo. Parecía á primera vista afeminado y enfermizo, pero en realidad era arrojado, y valiente, é incansable atizador de la guerra contra Roma; por cuya razón esta procuraba desde largo tiempo aniquilar de un golpe á un enemigo tan pertinaz. Hasta entonces Viticabo había burlado todas las asechanzas que se le tendieron para apoderarse de su persona á la fuerza ó por traicion. Finalmente ofrecióse un criado de su confianza á despacharle al otro mundo, y muerto él, quedaron realmente suspendidas por algun tiempo las expediciones y merodeos de su gente, lo que prueba la influencia de estos jefes en su tribu. El asesino se refugió en territorio romano para no exponerse á ser descubierto y castigado.

Entre tanto se hicieron grandes preparativos con toda la prevision y calma necesarias, para una campaña seria contra los alamanos, reuniéndose toda clase de armas, cuya variedad era tan fatal para los bárbaros. «La seguridad del Estado reclamaba esta guerra en vista de la constante falacia y conducta desleal de este pueblo, que llenaba tan rápidamente como siempre los claros que en sus filas dejaban las armas romanas».

Este pasaje de Amiano es muy importante, porque prueba que los romanos no ignoraban el peligro que encerraba para el imperio la fecundidad de los bárbaros, de cuyas selvas salían incesantemente oleadas de gente nueva que llenaba de sobra los vacíos que las armas mortíferas de las legiones hacían en sus masas, mientras la esterilidad iba tomando

desde Augusto en el imperio proporciones tan alarmantes, que los gobiernos trataron de combatirla por todos los medios creando recompensas para los que se casaban y tenían hijos legítimos, é imponiendo penas como lo privacion de derechos de herencia á los que no se casaban. Era muy natural que los romanos al cabo de cinco siglos de lucha con el elemento germánico sintiesen un estremecimiento de terror al ver tan inextinguible vigor reproductivo, verdadera hidra de la selva.

A este terror se añadía la irritacion que provocaba en los romanos la que llamaban incorregible deslealtad y falacia de estas tribus, que faltaban continuamente á todos los convenios de paz y á sus mas solemnes promesas y juramentos de permanecer tranquilos. No comprendían que los germanos eran impulsados por la necesidad á atravesar las fronteras y que siempre amenazados por Roma peleaban por la existencia. Así dice Amiano: «Las tropas estaban furiosas contra este pueblo peligroso y falaz que tan pronto suplicaba humilde y sumiso, como sembraba la muerte por las comarcas pacíficas del imperio y no dejaba nunca descansar la milicia.»

Reunido que hubo Valentiniano un grandísimo ejército, bien pertrechado de todo lo necesario, teniendo los almacenes de víveres repletos, y habiendo llamado tambien al gobernador Sebastianus con sus cohortes de ilirios é itálicos, pasó con su hijo Graciano el Mein. Ningun enemigo se dejó ver, porque avisados á tiempo se habían retirado al interior; pero á pesar de esto avanzó el emperador, llevando siempre formadas las tropas en batalla y la vanguardia bien protegida en ambos flancos por las tropas de los dos maestros de campo ó ingenieros (*magistri rei castrensium*), á fin de evitar toda sorpresa. A medida que penetraban los soldados en el interior del país, conducidos por prácticos del terreno y flanqueados por avanzadas exploradoras, se iba excitando su ardor belicoso que se desahogaba en improperios y amenazas contra los bárbaros como si estos los oyesen. Avanzando siempre y pasando dias se encontraron caserios en buen estado de conservacion y campos cultivados, pero resistencia ninguna. Recogióse los víveres, se incendiaron las viviendas, y á marchas mas cortas ya, porque era menester mayor prudencia, pues que habiendo llegado al país habitado, no debían de estar muy lejos los habitantes, se detuvo de repente todo el ejército en un sitio llamado Solicinio, nombre que llevaban tambien otras varias localidades, por cuya razón no puede fijarse hoy su sitio. Si la expedicion había seguido su camino en línea recta desde Maguncia, debía de hallarse situado donde hoy está el pueblo de Schwetingen, y la montaña donde estaba el enemigo seria el llamado Monte Sacro (Heiligen Berg) cerca de Heidelberg.

La vanguardia declaró haber visto claramente al enemigo, aunque á distancia. Habían abandonado los alamanos el llano, donde estaban seguros de sucumbir, para ocupar una montaña escarpada, rodeada de colinas menores cubiertas de peñascos desgarrados, y solo accesible por el lado del Norte, donde formaba la montaña una suave pendiente. Como delante de una puerta cerrada se detuvo, pues, allí el ejército y se atrincheró segun la antigua costumbre, pero atendida la inminencia de un ataque, continuaron las tropas sobre las armas esperando las órdenes del emperador ó que alzara el estandarte principal, que era la señal del momento favorable para el ataque. No había tiempo de reunir consejo de guerra y consultar el mejor plan de batalla, porque por un lado estaban impacientes las legiones, y por el otro hería los aires el aterrador alarido de guerra de los alamanos; solo pudo determinarse á toda prisa que Sebastianus ocupara con sus tropas la pendiente del Norte para cortar á los ene-

migos por si acaso intentaran huir por aquel lado. Así se hizo sin dilacion, y se llevó al hijo del emperador, demasiado jóven todavía para tomar parte en la lucha y los peligros, al campamento de los jovios; mientras su padre, Valentiniano, general previsor y circunspecto, recorria por última vez las filas inspeccionando las centurias y manipulos. Despues sin enterar á ningun jefe superior de su proyecto, y alejada su guardia, salió del campamento con unas cuantas personas de su mayor confianza á reconocer personalmente la montaña donde se hallaba apostada la hueste enemiga; porque le parecia imposible que no tuviese otro acceso mas que el indicado por las avanzadas. Recorrió los alrededores sin conocer su topografía, sin caminos, al través de pantanos y malezas, y faltando muy poco para que cayese en una emboscada de flanco de la cual en el momento mas crítico le salvó su caballo, que le sacó á fuerza de espolazos del terreno turboso y resbaladizo, y le volvió felizmente en medio de sus legiones. El peligro había sido tal que su ayuda de cámara ó mayordomo que llevaba su yelmo de oro, guarnecido de piedras preciosas, porque el emperador recorria el país con la cabeza desnuda, desapareció sin que jamás se encontrara ni vivo ni muerto ni huella alguna de él. Es de suponer que aquel yelmo luciera despues en la choza de madera de algun alamano.

Hecho el reconocimiento, dejó Valentiniano descansar la tropa, y despues mandó alzar la enseña para anunciar el ataque. En medio del estridente concierto de las trompas guerreras se adelantaron las líneas á paso de carga con entusiasmo y aire amenazador; á la cabeza dos guerreros jóvenes, llamados Salvio y Lupicino, aquel porta-escudo y este soldado pagano que á pesar de sus nombres romanos eran probablemente, y sobre todo el último, germanos. Blandiendo sus picas escalaron estas las escarpadas peñas, siendo blanco de los alamanos que trataban de despeñarlos; pero detrás de ellos, pasando por malezas y escabrosidades, despreciando el cansancio y los peligros, subió el grueso de las legiones hasta llegar arriba, donde empezó la lucha cuerpo á cuerpo. En ella los legionarios tenían la ventaja de su excelente práctica en la esgrima contra los bárbaros, impetuosos pero ciegos y torpes. A esta ventaja se reunía la extension de la línea romana, que permitió envolver al enemigo por los flancos encerrándolo en un círculo de hierro. Los germanos se vieron en grande aprieto; aunque se reanimaron y lograron hasta detener las masas romanas; pero despues de sostenerse el combate largo tiempo indeciso, con grandes pérdidas para ambas partes, cedieron los bárbaros á un enérgico empuje y se desbandaron al momento completamente. Hicieron entonces entre ellos gran matanza las picas y demás proyectiles de los romanos que daban en las espaldas y piernas de los ya extenuados fugitivos. Los que escaparon huyendo por el lado mas fácil sucumbieron á la bajada donde los esperaban los soldados emboscados de Sebastianus, y el resto se dispersó por la selva protegido por la oscuridad. Entre los jefes notables que perdieron los romanos en esta jornada sangrienta se cita á Valeriano, comandante de todas las tropas de la guardia, y un bárbaro, porta-escudo, llamado Natuspardo, guerrero tan famoso que los romanos le comparaban con Sicinio y Sergio.

No se adelantó mas; y el emperador retiró el ejército á sus cuarteles de invierno (368). El poeta Ausonio tomó parte en esta expedicion como ayo del jóven Graciano. Su poema *El Mosela* contiene datos interesantes sobre el estado de la agricultura en las comarcas rhinianas; pero se equivoca cuando para lisonjear á su amo dice que en esta campaña se descubrieron las fuentes del Danubio, olvidando quizás á propósito que todo el país de la Selva Negra había sido